del individuo que procura ahogar sus penas en el fondo de la botella; quiere escapar á la realidad, y pide las ilusiones de que se halla necesitada á las sustancias que pueden dárselas.

La tentativa de evadirse de la realidad tiene por consecuencia lógica el salir definitivamente de ella abandonando la vida, Por doquiera, y particularmente en los países más civilizados, el número de los suicidios aumenta en la misma proporción que el consumo del aguardiente y de los narcóticos. Una sorda irritación que algunas veces sólo se muestra bajo la forma de un vago é inquieto descontento, mantiene á cada hombre en un estado febril y da á la lucha por la existencia en la sociedad moderna formas salvajes é infernales que no tenía en épocas anteriores. Esta lucha no parece más que un encuentro entre adversarios corteses que se saludan antes de cruzar las espadas, como los franceses y los ingleses en la batalla de Fontenoy, pero es la horrible mezcla de asesinos ébrios de sangre y alcohol, hiriendo bestialmente y sin piedad.

Es general lamentarse de la escasez cada vez creciente de los caracteres. ¿Qué es un carácter? Una individualidad que sigue con paso seguro algunos principios morales muy sencillos que ha juzgado buenos y que ha tomado por guía de todas sus acciones. El escepticismo no permite desenvolver el carácter, porque excluye la fe en los principios que han de dirigirnos. Cuando la estrella polar se apaga y el polo eléctrico desaparece, la brújula es inútil; no hay ya punto fijo que pueda guiarnos. El escepticismo, todavía un mal á la moda, no es sin embargo más que una forma del descontento acerca de lo que existe. La idea de que todo es vano, que nada es digno de un esfuerzo, de una lucha entre el deber y el

capricho, esta idea, digo, no se hace paso más que cuando nos hemos acostumbrado á despreciar todo lo que existe, como defectuoso é insuficiente.

La literatura, el arte, la filosofía, la política, la vida económica, todas las formas de la existencia social é individual, muestran pues un rasgo fundamental único y conciso: el amargo descontento por el estado del mundo. Cuantas diferentes manifestaciones del espíritu humano se producen, hacen percibir á nuestro oído un solo y único grito de dolor, que se puede traducir al lenguaje vulgar por esta exclamación: «Salgamos, salgamos del estado de cosas existente.»

III

Se preguntará si esta pintura es sólo de la actualidad, ó si se aplica también á épocas anteriores.

Estoy muy lejos de ser, conforme á las palabras del poeta romano, «alabador de tiempos que ya pasaron». No creo en una antigua edad de oro. Los hombres tienen, sin duda, constantemente algo que sufrir: siempre han estado descontentos y han sido desgraciados. El pesimismo reconoce un fundamento fisiológico, y una cierta suma de sufrimientos llévala consigo la conformación de nuestro organismo. No tenemos más conciencia de nuestro *yo* que la proporcionada por el dolor. Este *yo* nos lo ha revelado únicamente el sentimiento de su limitación, provocado tan sólo por un choque más ó menos doloroso con las cosas que existen fuera de nuestro *yo*. Así es que en una habitación obscura no se percibe la existencia de los muros sino tocándolos. El hombre paga la conciencia de sí mismo sufriendo y la oposición entre el objeto y el sujeto no se le revela más que

por un malestar contínuo. Pero si es cierto que la humanidad ha sufrido siempre, y siempre se ha lamentado, que en todo tiempo sintió el doloroso contraste entre el deseo y la posesión, entre el ideal y la realidad, no es verdad menor que el descontento del hombre nunca fué tan profundo y tan general como hoy en día, que jamás se ha manifestado por tantas causas y en formas tan radicales.

Fijándonos en cualquier época de la historia encontraremos luchas de partidos y revoluciones. Se podrá tal vez creer á primera vista que la ambición y egoísmo de algunos jefes ha sido la única causa de ellas y que las masas que formaban su fuerza han permanecido apartadas y extrañas á todo. Mas yo no creo que esto ha sucedido así.

Fórmanse los partidos y se agrupan solamente en derredor de palabras de orden, en las cuales una porción del pueblo cree encontrar la expresión de sus vagos deseos; cuando una ambición egoista hace servir las pasiones populares á sus propios intereses, como un industrial utiliza la fuerza del agua, del vapor ó del viento, esta ambición no puede evidentemente alcanzar su fin sino fingiendo aspirar á la realización de votos importantes y generales. Las luchas de partido son para un pueblo lo que para un esportillero el movimiento por el cual hace pasar su carga de un hombro á otro á fin de procurarse un alivio débil y engañoso en el fondo. Las revoluciones son tormentas que tienden á realizar las aspiraciones populares. No son nunca, jamás voluntarias; no son más que el resultado de una ley física, como el huracán que restablece el equilibrio entre las distintas densidades del aire producidas por las diferencias de temperatura. Cada vez que la desigualdad de nivel entre

los deseos del pueblo y los hechos realizados es muy grande, estalla fatalmente una revolución que los poderes constituídos pueden contener durante un cierto tiempo, pero que no les es dado evitar. De todos los testimonios de la historia, las revoluciones son las solas que por su violencia, su duración y sus resultados nos permiten juzgar con seguridad del grado y de los motivos de queja de los hombres que en ellas han sido actores.

Pues bien; todas las revoluciones que menciona la historia hasta estos últimos tiempos, tienen una extensión relativamente reducida y les corresponde un número limitado de hechos intolerables. El fondo de la política interior de la antigua Roma republicana es la lucha de los plebeyos con los patricios. ¿Cuáles eran las aspiraciones de las masas populares que se personificaban en Catilina y los Gracos?

Querían una parte legítima de la propiedad rural, y querían también tener voto en los negocios del Estado. En la antigua República cada ciudadano poseía un sentimiento extremadamente grande de la solidaridad política y de los deberes y derechos que de ella resultan. Reducido á sí mismo, el indivíduo conocía que no era más que un fragmento miserable; no llegaba á ser un todo sino cuando había ocupado verdadero puesto como parte necesaria del engranaje político. El plebeyo romano se consideraba como el hijo menor de una casa rica, injustamente despreciado y desheredado; luchaba por tener su puesto en la mesa paterna y su voz en el Consejo de familia. Pero no le pasó por la cabeza la idea de sublevarse contra el orden político y social existente: estaba orgulloso de él, y á él se acomodaba con alegría. Estimando al patricio por su alto nacimiento, no le envidiaba ni los honores hereditarios en el templo de los

dioses, ni los signos exteriores de su elevado rango. Ocupaba con satisfacción el grado de la vasta escala social y económica donde el azar del nacimiento le había colocado: y si alzaba con respeto los ojos hacia las familias de los caballeros y los senadores, contemplaba, en cambio, con la conciencia de su dignidad la multitud degradada y servil de esclavos y libertos.

Más profundo era el disgusto de estos esclavos que en la época confusa de la transición de la República al Imperio se revolucionaron frecuentemente y sacrificaron sus vidas en combates terribles y mortales, protestando contra el orden social de su tiempo. En las masas obscuras que forman el pedestal viviente de la figura monumental de Espartaco, se nos presenta por vez primera la angustia de esta duda devoradora: todo lo que existe, ¿debe realmente ser tal como es? Esta duda, que parece no ha salido nunca de los tallados egipcios que las viejas pinturas murales de los templos y de las tumbas nos muestran, arrastra su carga en grandes comitivas taciturnas é inofensivas. Esta misma duda no ha hecho aún sentir sus torturas á los doscientos millones de indios que hoy sufren en silencio el yugo de los ingleses, como han sufrido siglos enteros el yugo de las castas. Los partidarios de Espartaco, ellos mismos no eran ni radicales ni pesimistas en el sentido moderno; se rebelaban contra el aguijón, pero no contra el que lo tenía. Su cólera dirigíase no al orden del mundo, sino al lugar que ocupaban en él. ¿Comprendían que la inteligencia humana no puede admitir que seres dotados de voluntad y razón sean tratados como rebaños, como cosas insensibles, como una pura propiedad? De ningún modo. Aceptaban la institución de la esclavitud, pero no querían ser esclavos. Su ideal no era ver destruída una forma ilógica de aquella sociedad, sino un simple cambio de papeles. Tales revolucionarios hubieran sido fáciles de aplacar; al conseguir el triunfo, estos descontentos habríanse trocado en hombres dichosos, convirtiéndose de rebeldes en apoyo de la sociedad.

Los grandes movimientos de la edad media tienen muy profunda significación moral. Los destrozos de los iconoclastas, las cruzadas, el fanatismo de vaudes y albigenses, nos descubren una gran inquietud en las almas. El atractivo misterioso de las ponderadas tierras del Oriente no puede ejercer su influjo seductor sobre los espíritus groseros que se encuentran atormentados de un vago deseo de modificar su condición ordinaria. Los centenares de miles de hombres que se precipitaban de Europa á la Palestina, país que debía parecerles como un abismo desconocido, iban guiados menos por el estandarte de la cruz que por una luminosa nube que marchaba delante de ellos y que todos veían con los ojos del alma: este guía era el ideal. El hombre dichoso no abandonaba ciertamente su bienestar doméstico por encaminarse hacia el santo sepulcro; sólo hacía esto el que aspiraba á un cambio favorable en su suerte.

Y los hombres que por su fe mataban y se hacían sacrificar; que por la más pequeña duda eran llevados á la hoguera ó exterminaban sin piedad las poblaciones; esos hombres, podemos estar seguros de que no eran optimistas satisfechos del presente. En efecto, el que experimentaba una angustia febril por la salvación de su alma, es decir, por su bienestar en el otro mundo; el que deseaba ganar la vida prometida para más allá de la tumba, por toda clase de sacrificios, esfuerzos y sufrimientos, juzgaba de seguro que la vida de aquí abajo, la vida

de la carne, no le había proporcionado satisfacciones suficientes.

La humanidad en la edad media estaba igual que hoy descontenta y agitada. Lo único que la impidió insurreccionarse violentamente contra lo que entonces existía, fué tener en su fe un consuelo y un calmante capaz de hacerle soportar casi con gozo todos los males terrestres. El que espera con seguridad un bienestar próximo, se resigna á un mal transitorio y lo nota apenas.

Pero la humanidad proseguía el curso de su desarrollo, y los consuelos de la fe comenzaron á no satisfacerla. Llegó el momento en que la religión no era ya barrera infranqueable para contener el espíritu agitado de los descontentos. Aquél fué un instante crítico. De poco sirvió que la duda y la melancolía, que son las mismas de nuestra época, fueran apoderándose de los espíritus cuatrocientos años antes. Sin embargo, los hombres no se dejaron arrebatar sin gran resistencia sus queridas ilusiones. Esta lucha por un ideal consolador se llama en la historia el movimiento de la Reforma. Movimiento que ha tenido por resultado prolongar durante siglos el semisueño de los hombres y sus delirios agradables. No obstante, ya se presentaron entonces signos precursores de un pesimismo que la fe en un mundo mejor no consiguió dominar. La guerra de los aldeanos alemanes era la de gentes desesperadas á quienes el paraíso no parecía una compensación suficiente de la miseria terrestre, y que anhelaban tomar por la fuerza, de la vida de aquí abajo, un adelanto sobre las delicias prometidas en el otro mundo.

Es preciso llegar á la Revolución francesa para encontrar un pueblo al cual las condiciones existentes parezcan bastante intolerables para que las suprima mediante

cualquier sacrificio y á toda costa. Por vez primera en la historia de la humanidad asistimos á un vasto alzamiento popular que no ataca á un objeto único, sino á la totalidad de las instituciones. Esta vez los pobres no aspiran ya á la posesión del *ager publicus*, como los plebeyos de Roma; los desheredados y los esclavos no reivindican ya su libertad de acción y su dignidad de hombres, como hicieron los partidarios de Espartaco; ciertas clases no se apoderan ya de privilegios especiales, como hicieron los burgueses en los levantamientos de las ciudades durante la edad media; finalmente, no tenemos que hacer aquí el papel de soñadores en demanda de consuelos, queriendo buscar una salvaguardia contra la violencia intelectual, la forma de un sueño, como hicieron los vaudes, los albigenses, los hugonotes y los que combatían por la Reforma. Todo esto se encuentra en la gran revolución, y aún otras cosas más. Es á la vez material é intelectual; reniega de la fe y cuestiona la forma existente de la posesión individual, aspira á constituir el Estado y la sociedad sobre una base nueva y con arreglo á un nuevo plan. Tiene la firme voluntad de crear para el cuerpo y para el alma condiciones de existencia más agradables. Es una explosión producida con igual fuerza, no solamente sobre ciertos puntos de resistencia escasa, sino sobre toda la extensión de la superficie que le ha sido opuesta: esta explosión ha hecho estallar el marco entero del organismo social.

Por cierto que para levantarse tan impetuosamente contra todas las instituciones, para querer arrasarlas de modo tan radical, era preciso que las tuvieran por completamente absurdas y las hubieran sufrido con harto dolor. Y sin embargo, observamos en la gran Revolución un rasgo que nos obliga á creer que el estado de

los espíritus en donde tiene origen, no era tan doloroso como el estado actual: este rasgo es su inagotable optimismo. En realidad, los hombres de la gran Revolución estaban absolutamente exentos del malestar del pesimismo; rebosaban esperanza y certidumbre. Tenían la firme convicción de poseer medios infalibles para asegurar la dicha perfecta de los hombres, y cuando se tiene esta convicción, es imposible no ser del todo dichoso. Hay en aquellos hombres la alegría de la primavera y de la aurora, que ha inspirado á Uhland su alborozado canto: «El mundo llegará á ser más hermoso cada día; todo va á cambiar». Esta sencillez infantil de esperanzas é ilusíones, este sentimiento de gozo con respecto al porvenir, es quizá el fenómeno más notable de la gran Revolución.

Nuestra rápida ojeada á través de los siglos nos enseña que el estado de ánimo actual no tiene semejanza en las antiguas edades. La historia universal no ofrece más que un momento análogo con relación al tiempo presente: es la época de la agonía del mundo antiguo. Esta paridad ha sido frecuentemente comprobada. Las vistas tradicionales sobre el mundo eran viejas y no se habían encontrado otras nuevas que las reemplazaran. No se creía lo afirmado por los sacerdotes, ni lo que se enseñaba en las escuelas; las creencias por que se guiaban hallábanse destruídas; la vida misma no tenía ya lógica ni significación. Los hombres experimentaban una fatiga y una desesperada tristeza que les hacía aborrecer la existencia. Ni en ellos ni fuera de ellos, encontraban el consuelo ó la esperanza de un porvenir mejor ó de un alegre mañana. Era un estado moral terrible que tenía como consecuencia el suicidio en masa. Esta ansiedad de unos y esta sombría desesperación de otros, esta inquietud y este espíritu amargo y mordaz, el escepticismo de gentes superficiales y el pesimismo de gentes profundas, todos estos rasgos que caracterizan nuestra civilización, los encontramos sólo en los tiempos espantosos de la caida del imperio romano y de la muerte del paganismo. Mas aun entre estas dos épocas análogas existe una última desigualdad. En la Roma imperial la desesperación era únicamente el destino de los privilegiados de la inteligencia, es decir, de un pequeño número; la mayoría vivía sin pensar, y si notaba la repercusión de este momento terrible, era á lo sumo como una carga exterior debida al tiempo. En nuestra época, por el contrario tal disposición de espíritu se extiende como un crepúsculo invasor sobre la inmensa mayoría de los hombres civilizados. Es cierto que esto es una diferencia de cantidad y no de calidad. Pero lo que le hace ser una grave y temible enfermedad es precisamente su vasta extensión.

IV

¿De qué proviene estado moral tan intolerable para la humanidad? ¿De dónde parte este mal humor y esta amargura, que jamás se ha visto en tal grado de profundidad y desarrollo en todos los que piensan? Sin embargo, nuestro tiempo hace fácilmente accesibles, aun á los pobres, una infinidad de satisfacciones intelectuales y materiales que antiguamente ni un rey podía procurarse. Procede de la misma causa que á los romanos ilustrados, en el tiempo de la decadencia, inspiraba el disgusto ante el vacío de la vida, de que no creían poder librarse sino con el suicidio: esta causa es el contraste entre nuestra

concepción del mundo y todas las formas existentes de la vida intelectual, social y política. Cada uno de nuestras acciones está en contradicción con el propio convencimiento y le da un mentís. Infranqueable abismo se abre entre lo que sentimos, entre lo que juzgamos ser la verdad, y las instituciones tradicionales bajo las que nos vemos obligados á vivir y obrar.

Nuestra concepción del mundo es puramente científica. Lo comprendemos como una sustancia que tiene por atributo el movimiento, cuya fuerza, única en realidad, llega á nuestra percepción bajo la forma de diferentes fuerzas. Vemos dicho atributo regido por leyes fijas, que en parte conocemos definidas, probadas experimentalmente, y de las cuales vislumbramos la otra parte; tenemos estas leyes por inmutables y no conocemos en ellas ninguna excepción. En cuanto á conocer la causa primera y el comienzo de las cosas, lo hemos abandonado como insoluble por los medios de nuestro organismo. Por comodidad, y como término provisional de una serie de ideas que después de las leyes del pensamiento no pueden quedar en estado fragmentario, admitimos arbitrariamente una eternidad de la materia, eternidad que no sabríamos demostrar. Esta hipótesis nos basta para explicar todos los fenómenos y no contradice nuestra idea respecto á la acción de las leyes naturales. Ella nos hace inutil la hipótesis igualmente indemostrable de una voluntad ó de una inteligencia eterna, de Dios, en fin. Esta segunda hipótesis tendría el inconveniente de traer consigo otra serie de otras hipótesis tales como la providencia, el alma, la inmortalidad, etc., todas incomprensibles, irracionales y en desacuerdo con cuantas leyes de la Naturaleza hemos reconocido inatacables.

Si del conjunto del mundo descendemos á la humanidad, nuestro concepto científico nos conduce necesariamente á reconocer en el hombre un sér viviente que se reproduce sin interrupción en la serie de los organismos y que es regido bajo todos aspectos por las leyes generales del mundo orgánico. Nos es absolutamente imposible conceder al hombre privilegios especiales ó estados de gracia que no pertenecieran también á cualquier animal y á cualquier planta. Creemos que el desarrollo de la especie humana, como el de todas los especies de seres animados, fué probablemente producido por la selección, que de todas maneras se vió secundado por ella, y que la lucha por la existencia en el sentido más lato constituye la historia toda de la humanidad, lo mismo que la vida del más obscuro individuo; esta lucha resume el fondo de todos los hechos políticos y sociales.

Tal concepto tenemos del mundo; de él deducimos todos los principios de nuestra manera de vivir, y la idea del derecho y de la moral. Este concepto ha llegado á ser una de las bases de nuestra civilización; se introduce en nosotros con el aire que respiramos, haciéndosenos imposible sustraernos á él. El Papa, que lo ha condenado en su Encíclica, está bajo su influencia. Se ha creído conveniente preservar de tal concepción al alumno de los jesuítas con una muralla de teología y de escolasticismo de la edad media, como se procura conservar en el continente los animales marinos en acuarios llenos de agua de mar; el discípulo mismo de los jesuítas está henchido de nuestras ideas modernas; las absorbe viendo los carteles de las calles, observando las costumbres de la vida de sus correligionarios, leyendo las gacetas piadosas, comprando un breviario en cualquier librería ca-

tólica. Toda su vida espiritual está inconscientemente impregnada en ellas; y tiene, á despecho suyo, pensamientos y sensaciones que el hombre del siglo XI no tuvo nunca. Le ha parecido bien intentar lo imposible; mas no puede impedir ser hijo del tiempo moderno y de su progreso.

Y con este concepto del mundo se nos hace vivir en una civilización que admite complaciente que un hombre adquiera por el azar del nacimiento los mayores derechos sobre millones de semejantes, organizados completamente como él, y hasta con frecuencia mucho mejor que él; que un hombre pronunciando palabras vacías de sentido y haciendo gestos sin fin sea honrado como la encarnación visible de fuerzas sobrenaturales; que una joven de cierto rango social se case, no con un hombre hermoso y lleno de vigor, sino con un individuo feo, débil, achaparrado, porque el primero es de una clase, según se dice, baja, en tanto que el segundo es de su misma condición; que un obrero, en fin, sano y fuerte, muera de hambre, mientras el desocupado enfermizo é inútil se halle nadando en una opulencia de la que ni aun puede gozar. A nosotros, que creemos ha salido la humanidad de formas vivientes inferiores, y sabemos nacen todos los individuos sin excepción, viven y mueren en virtud de las mismas leyes orgánicas, se nos obliga á inclinarnos ante un rey, se nos hace honrar en él á un sér cuya existencia se rige por leyes especiales, y nos prohiben sonreir cuando leemos en las monedas y en los actos de gobierno que es lo que es por una misteriosa *gracia de Dios*.

A nosotros, los que estamos convencidos de que todos los sucesos de este mundo se hallan determinados por eyes físicas, inmutables, que no sufren ninguna excepción, fuérzasenos á ver que el Estado paga sacerdotes cuyo papel es ejecutar ceremonias destinadas, según dicen, á contrabalancear las leyes naturales y á sujetarlas; nos es necesario asistir en ocasiones á misas ó á oficios solemnes donde se implora una fuerza sobrenatural impalpable á la ciencia, para pedirle en favor nuestro una protección especial y misteriosa; hasta concedemos á los individuos que representan estas comedias absurdas un alto rango en el Estado y en la sociedad. Creemos en el efecto considerable y bienhechor de la selección, y no defendemos menos la conveniencia del matrimonio, el cual, en su forma presente, excluye la selección. Encontramos en la lucha por la existencia el fundamento de todo derecho y toda moral, y sin embargo, cada día hacemos leyes y sostenemos instituciones que impiden absolutamente el libre juego de las fuerzas; prohibimos á los fuertes el uso de facultades que les asegurarían el triunfo, y hacemos de su victoria natural sobre los débiles un crimen digno de muerte.

Nuestra vida entera descansa, pues, sobre hipótesis tomadas á otro tiempo y que en ningún punto responden á las ideas actuales. La forma y el fondo de nuestra vida política están en flagrante contradicción. Cada palabra que decimos, cada acto que ejecutamos, es una mentira con respecto á lo que en el interior de nuestra alma reconocemos como verdad. Nos parodiamos, por decirlo así, nosotros mismos, representando una eterna comedia, comedia fatigosa á despecho de la costumbre, que nos reclama una constante retractación de las ideas y de las convicciones, debiendo llenarnos de desprecio hacia nosotros y hacia el mundo cuando interrogamos á nuestra conciencia. En una multitud de circunstancias se adopta en el semblante expresión solemne, actitud

grave: nos revestimos con un traje que nos hace el efecto del de un bufón; fingimos un respeto externo á personas é instituciones que en el fondo encontramos sobrado absurdas, siguiendo cobardemente unidos á ideas que sabemos carecen de todo fundamento.

Este conflicto eterno entre las conveniencias sociales y nuestras convicciones tiene un resultado fatal. Cada uno se produce á sí mismo el efecto de un clown que hace reir á todo el mundo, pero á quien sus propias bufonadas disgustan y dejan profundamente entristecido. La ignorancia se concilia muy bien con una especie de satisfacción animal, y se puede estar dichoso y contento encontrando justas y necesarias las instituciones que nos rodean. Los inquisidores que discutían la duda con el garrote y la hoguera, querían á su modo hacer un servicio á la humanidad y asegurarle una vida sin turbulencias. Pero cuando no se ve en las instituciones existentes más que formas usadas, simulacros vanos y vacíos de sentido, débense sufrir los terrores y las revoluciones, las fatigas y los excesos y las angustias desesperadas que se apoderan del hombre vívo encerrado en una fosa con cadáveres, ó cuando menos de un hombre cuerdo precisado á vivir entre locos y que tenga, para no ser maltrecho por ellos, que someterse á todas sus estravagancias.

Esta contradicción permanente de nuestras ideas con todas las formas de la sociedad civilizada, esta necesidad de vivir en medio de instituciones que nos parecen mentirosas, he aquí lo que nos vuelve pesimistas y escépticos, he aquí la llaga sangrienta del mundo ilustrado. En este conflicto intolerable perdemos todo gozo de vivir y todo deseo de luchar; tal es el origen de la febril angustia que atormenta á la gente civilizada de no

importa qué país. En este conflicto se halla la solución del enigma misterioso del espíritu contemporáneo.

Los capítulos que siguen demostrarán en detalle el desacuerdo entre las mentiras convencionales reinantes y la concepción científica del mundo que se revuelve contra ellas.